

ISSN: 2683-3247

HUMANITAS

REVISTA DE TEORÍA, CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

VOL. 4 NÚM. 7
JULIO-DICIEMBRE
2024



UANL

CENTRO
ESTUDIOS
HUMANÍSTICOS

Humanitas

Revista de Teoría, Crítica y Estudios Literarios

<http://humanitas.uanl.mx/>

Reconciliar al laurel con el tronco quebrado: Carmen de Carlos Rutilo, Monterrey, UANL, 2023, pp., 96

Roberto Kaput González Santos

Fecha entrega: 26-6-2024 **Fecha aceptación:** 02-7-2024

Editor: Víctor Barrera Enderle. Universidad Autónoma de Nuevo León, Centro de Estudios Humanísticos, Monterrey, Nuevo León, México.

Copyright: © 2024. Roberto Kaput, Ángel Gerardo. This is an open-access article distributed under the terms of Creative Commons Attribution License [CC BY 4.0], which permits unrestricted use, distribution, and reproduction in any medium, provided the original author and source are credited.



DOI: <https://doi.org/10.29105/revistahumanitas4.7-107>

Reconciliar al laurel con el tronco quebrado: Carmen de Carlos Rutilo, Monterrey, UANL, 2023, pp., 96

Roberto Kaput González Santos

I. Frente al espejo

Tras la estela de Eliseo Carranza, quisiera proponer, como clave de lectura del primer poemario de Carlos Rutilo, la imagen de un espejo. Pero a diferencia del prologuista de *Carmen*, en lugar del “reflejo impar de lo no-recíproco” propongo un espejo de tres lunas o tres tiempos: “Tlacuica”, imperativo infantil del canto, un canto de pájaros ahogado en una cruz de agua (I); “Carmen”, compuesto por palabras pájaro migrantes y la aparición en vuelo del poema, nacimiento de una lengua niña si acudimos al latín, regreso al jardín de Dios si optamos por el semítico hebreo (II); “Sofía” y el astro niño (III), suerte de canto coronado en las derrotas del amor, la mayoría de edad del poema que nace entre I y II. Esa es la imagen que propongo abordar ahora: además de “espejo para volver atrás”, espejo de agua dónde refractar las sombras de los tres tiempos del canto original, la unidad perdida. Propongo situar esas tres lunas cara a cara, hacer una lectura abismal. El lector de sor Juana como el lector de Borges sabrá reconocer lo que se obtiene engastado imágenes, sean estas espaciales, morales o temporales.

II. “¿Dónde está mi casa de lejos?”

Quisiera citar a dos poetas modernos aquí para cubrir la distancia literaria que nos propone Rutilo, refractar el uno en el otro nos acerca a *Carmen*: “Está el compromiso de volver a encontrarnos con el mundo, pero también está la promesa de tratar de reencontrar aquello que ya no está ahí y que nunca volverá; y que a través de los sonidos hace el esfuerzo de comunicarlo a través de una imagen. Por eso duele, porque ya no está ahí” (“Cuatro poetas jóvenes”, Capilla Alfonsina Biblioteca Universitaria, Día Mundial del Libro y del Derecho de Autor 2024). Esa es la voz de Carlos Rutilo, poeta de 28 años. Escuchemos ahora la momentánea capitulación de un poeta de 68: “No sin vencer una íntima repugnancia acepto (provisionalmente) que la relación entre el sonido y el sentido, como la sostiene Saussure y sus discípulos, es el resultado de una convención arbitraria. Mi desconfianza es natural: la poesía nace de la antigua creencia mágica en la identidad entre la palabra y aquello que nombra” (Octavio Paz, “Lectura y contemplación”, 1982). Ambos poetas hablan desde la caída de una antigua creencia mágica: la unidad originaria del canto, un canto desencantado, consciente de su caída, como la pérdida de la aureola en Baudelaire. Por lo demás, la pulsión de crear un canto de pájaros ahogados, que a través de la ordenación de sonidos aspira a laurear la promesa de reencontrar aquello que ya no está, es una pulsión moderna: por lo menos desde esa cruz de agua que va de Novalis a Astroboy y de Ramón López Velarde a José Emilio Pacheco.

Las imágenes de *Carmen* son temporales, sombras de instantes fugitivos o silencios refractados unos en otros que arrojan una imagen continuada en espejos o canto líquido sostenido en el tiempo, un canto literario donde morir encunado en el sonido de la

lengua de los padres es posible: una canción de cuna de frutos resentidos que reconcilia al tronco quebrado con el laurel:

Hoy mi madre buscó los cuerpos de mis hermanos
y hermanas de lengua y carne; pero sólo encontró restos de
sangre
regada en la tierra que también reclaman las ausencias.
Hoy mi pueblo, vacío de mí y de mi gente, lamenta las pérdidas.
El maíz le retoña con los granos resentidos.

...

Tlazoca
Amar es aprender a reencontrarnos
delante de un espejo herido con el tiempo

...

Ta mostla, ta mostla
en el parque de ayer un niño de agua dibuja un barco de aire: lo
contemplo como el muchacho que soy, mas la envidia de niño
embarga de pena al viejo que un día seré a la hora de cruzar un
puente de sangre.

...

Amatl
Siempre estás mirándome desde esta palabra
que fatiga tu risa de criatura rebelde
[...] Hoy no devolveré las sombras de tu nombre,
y dejo que la noche nos abrace en su luto de astros
cuando [...] oiga tus pasos sobre las páginas blancas de un
impronunciable laberinto.

...

In xochitl, in cuicatl
Algo está doliendo en alguna parte
Algo duele,
algo quemama.
Algo como una piedra,
un espejo.
Algo como una danza,
algo como un canto,
está doliendo en alguna parte.
Y arrojamos el dolor a varios kilómetros de distancia,
pero rebota en un punto
y con el tiempo nos alcanza.

...

Tlahuelpuchi
Tú eres la hembra de luz
que desnuda
desde los costados
devoras la noche
entre tus colmillos de luna gangrenada
[...] De donde vengo
sé
que tú no cabes en mi boca
que nada de lo que soy
puede caber entre tus manos
de madre desamparada

...

Doña Marina en el hocico del mundo
Yo soy la palabra y a las palabras pertenezco y nadie mata a las
palabras, salvo el silencio que las entierra en mi lengua.

...

Tlacuica, tlacuica, xinola, tlacuica
Canta,
canta,
mujer,
canta
que una raíz de sangre
crece como una lengua niña.

III. “Jugando en el desierto a las batallas contra el olvido de tus palabras”

Esa lengua niña que permite al astro de *Carmen* “reconciliar al laurel con el tronco quebrado” es una lengua migrante, hecha con jirones de imágenes literarias: las lamentaciones de los muertos de Miguel León-Portilla, los cantos de sombra o cantos fantasma de Juan Rulfo, la caída de las palabras de Octavio Paz, el desplome de los mundos que nombran esas mismas palabras de José Emilio Pacheco, el sistema de los círculos del tiempo de Carlos Fuentes, los sueños o pesadilla de Borges, los presentimientos de Tario, las tormentas amorosas de Segovia. “Carmen” es un himno de regreso, un canto de sirenas a la que el astro niño permanece atado. Pero quien regresa no es Ulises-Eneas, es Telémaco-Ascanio, nieto de Laertes-Anquises y Anticlea-Afrodita: el canto de sombras, refractado en la tradición literaria, logra en el poema una imagen rotada sobre sí misma, signo de nuevo cuño: su obsesión no es la lengua literaria, o no sólo ella, es lo que esa lengua literaria aspira a nombrar: ahora sí el silencio, “la reflexión hecha sal para que tenga sabor la memoria de aquellos días mal sepultados por el olvido”

(Carranza). El canto reflexiona sobre el poema, el poema sobre el canto; ambos se comentan y se critican:

La campana

Sueño que en la mirada de mi padre brotan todos los hermosos caballos.

Y en las manos de mi madre crecen orquídeas como el canto de la luna.

Pero en silencio también escucho los lamentos de una campana que me devuelve a las tormentas de la infancia:

detrás de la puerta de mármol hay una criatura de sombras que camina mirándome como un fantasma

y me muestra un espejo en el cual no me reconozco.

Y por cada golpe de tormenta voy perdiéndome

como si galopara entre los laberintos del tiempo,

donde la noche se convierte en la llaga de una flor caótica.

Y vuelvo a escuchar los lamentos de una campana

que golpe tras golpe se abre como las olas,

que crecen y crecen,

hasta devolverle los dedos helados al agua

y al relámpago algún amparo de águila perdida.

Dejamos atrás las palabras ahogadas como aves en el río, las jaulas vaciadas del centro de pequeños pájaros alegres de “Tlacuica”, para adentrarnos en la “laberíntica constelación de pájaros azules” de “Carmen”, esa orfandad literaria o “reencuentro con la memoria de un relámpago”.

IV. Luché contra el mar toda la noche, desde

Juan Preciado hasta Astroboy

“Carmen” y “Sofía” son variantes de doña Marina: lenguas migrantes, la una hecha de sombras, la otra de luz:

Sofía, es tu presencia lo que necesito y lo que duele.
Al buscarte en la sombra, me desgarró:
ahí yace escondido un niño huérfano en este silencio.
Al buscarte en la luz, vuelvo a desgarrarme:
yacen allá escondidas otras gentes muertas.
Al pararme en medio de las dos corrientes, me pierdo.

Lo que el poema descubre es que a estas alturas del partido la caída del canto es universal, se abisma en los espejos de agua, en las edades del tiempo. ¿La multiplicación diluye o exacerba la caída? No lo sé. Sé que “Sofía” se nos presenta como canto coronado en las tormentas inhóspitas del amor: “recuerdo que el amor era una palabra lúgubre exhalada en tus labios”, rebote en un punto de la poesía amorosa de otro momento de la lírica mexicana: “recuerdo que el amor era una blanda furia no expresable en palabras” (Lizalde). El sonido de campanas se transforma en bronce sonoro producido al mediodía para que todos los fieles del poema moderno hagan juntos oración, resignificando, en puntos diferentes pero simultáneos, las imágenes de una tradición literaria:

Plegaria

A cambio de tu silencio ofrezco la sangre que brota de mi
costado,
[...] me abro a tu indiferencia para que vuelvas a beber
y a devorar de este cuerpo herido y sediento de ti:
copa color de luz, espada color de sombra.
Al beberte me hiero, al herirme te abrazo.
Tu presencia me devuelve al sótano.
[...] Sofía, la noche no es un telón caído tirado a tus pies,
yo no tengo esa fuerza para hacerlo; pero Ella,
la otra voz que derriba mis noches con su grito, sí.
Yo solo soy un astro niño

que comulga en la pena
de no volver a tocar el polvo de tu boca.

El espejo de tres lunas de Rutilo provoca la relectura del archivo de nuestra modernidad literaria, su reorganización; no cede a la tentación de ofrecernos imágenes fijas de tradiciones dinámicas, las contrapone para multiplicar sus imágenes, llenar huecos, abismarse en la caída de los lenguajes, migrar para reconstruirlos. La poesía como una moneda girando eternamente en el tiempo, una moneda que no cae pero a la que no dejaremos de preguntar, mientras siga girando, la suerte de todos nuestros empeños, incluso el empeño literario de reconciliar al laurel con el tronco quebrado: ¿águila o sol?

Roberto Kaput González Santos

Bibliografía

Lizalde, Eduardo. *Nueva memoria del tigre (Poesía 1949-2000)*. FCE, 2022.

Paz, Octavio. *La casa de la presencia. Poesía e historia. Obras Completas I*. FCE, 2014.

Rutilo, Carlos. *Carmen*. UANL, 2023.